

• [...] El pobre en vida—el débil—empobrece aún más la vida. El rico en vida—el fuerte—la enriquece...

El primero es el parásito del segundo, quien es dádioso...

¿Cómo es posible una confusión entre ellos?... [...] 14[68]

• El placer brota donde hay sentimiento de poder.

La felicidad brota en la conciencia hecha dominante del poder y de la victoria.

El progreso: el refuerzo del tipo, la aptitud para el querer a lo grande; todo lo demás es malentendido, peligro, ... 14[70]

• Concepto «*décadence*»

La *caída*, la *descomposición*, el *desechar*, no son nada que tuviera que ser en sí condenable: son una consecuencia necesaria de la vida, del crecimiento en la vida. El fenómeno de la *décadence* es tan necesario como el nacer y crecer de la vida: no está en nuestra mano el *suprimirlo*. Al contrario, la razón quiere que se le reconozca su derecho...

Es un insulto por parte de todos los socialistas sistemáticos el pensar que podrían darse circunstancias, combinaciones sociales, donde ya no se desarrollasen el vicio, la enfermedad, el crimen, la prostitución, la *miseria*. Esto es, precisamente, condenar la *vida*... Una

sociedad no es libre de permanecer joven. Y aún en el momento de mayor fortaleza tiene que producir residuos y desperdicios. Cuanto más audaz y enérgicamente avanza, tanto más se multiplican sus deformidades y monstruosidades, tanto más se acerca a su decadencia... No se puede suprimir la vejez mediante instituciones. Tampoco la enfermedad. Tampoco el vicio. 14[75]

• *Para higiene de los «débiles»*. Todo lo que se hace dentro de la debilidad fracasa. Moraleja: no hacer nada. Pero lo malo es que, precisamente, la fuerza de suspender la acción, de *no* reaccionar, es lo más fuertemente enfermo bajo la influencia de la debilidad: nunca se reacciona más rápida y ciegamente que cuando no se debería reaccionar...

La fuerza de una naturaleza se manifiesta en la espera y en el demorar de la reacción. [...] 14[102]

• Los valores morales, valores *aparentes* en comparación con los *fisiológicos*. 14[104]

• Nuestro conocimiento se convierte en científico en la medida que puede usar el número y la medida...

Se debería llevar a cabo, si fuera posible, el intento de edificar un orden científico de los valores simplemente sobre una *escala numérica y cuantitativa de la fuerza*...

—Todos los demás «valores» son prejuicios, ingenuidades, errores...

—Son en todas partes *reducibles* a aquella escala numérica y medida de la fuerza.

—El *ascenso* en esta escala significa *aumento en valor*.

—El *descenso* en esta escala significa *disminución del valor*.

Aquí se tiene la apariencia y el prejuicio contra sí.

Una moral, un modo vital *demostrado* a través de larga experiencia y largamente puesto a prueba termina por imprimirse en la conciencia como ley, como *dominante*...

Y de esta manera todo un grupo de emparentados valores y estados se integran en ella: la moral deviene venerable, invulnerable, sagrada, verdadera.

Es característico de su desarrollo el que *se olvide* su origen... Es el signo de que se ha erigido en dominante...

* *

Exactamente lo mismo podría haber pasado con las *categorías de la razón*: podrían, después de muchos tanteos y ensayos, haberse hecho valer por su relativa utilidad... Llegó un punto donde se las recopiló, tomándose conciencia de ellas como un todo, y donde se las *prescribió*... es decir, valían como *prescripciones*...

A partir de entonces son valoradas como a priori...

como transcendentales a la experiencia, como irrefutables...

E incluso quizás no expresan nada más que una determinada conveniencia propia de una raza o especie. Su «verdad» es meramente su utilidad. [...] 14[105]

• Voluntad de poder al modo psicológico.

Concepción unitaria de la psicología

Estamos acostumbrados a admitir que el desarrollo de una monstruosa abundancia de formas es compatible con un origen a partir de la unidad:

Que la voluntad de poder es la forma primitiva del afecto, de la cual todos los otros afectos son tan sólo sus desarrollos.

Que se produce un notable esclarecimiento si se pone el poder en el lugar de la «felicidad» individual a la que debe aspirar todo ser viviente: «se aspira al poder, al aumento de poder». El placer es tan sólo un síntoma del sentimiento del poder logrado, una conciencia de la diferencia.

—No hay aspiración al placer, sino que el placer aparece cuando se logra aquello a lo que se aspiraba: el placer acompaña, el placer no pone en movimiento...

Que toda fuerza motriz es voluntad de poder, que aparte de ella no hay ninguna fuerza física, dinámica o psíquica...

—En nuestra ciencia, donde el concepto de causa y

efecto se reduce a la relación de ecuación, con la ambición de demostrar que en cada lado hay la misma cantidad de fuerza, *falta* la FUERZA MOTRIZ: sólo consideramos resultados, los ponemos como iguales por lo que respecta al contenido de fuerza, nos dispensamos de la cuestión de *lo que causa* una modificación...

Es meramente cosa de la experiencia que la modificación *no cesa*: en sí no tenemos la más mínima razón para entender que a una modificación le tiene que seguir alguna otra. Al contrario: un *estado logrado* parecería tener que conservarse a sí mismo, si no hubiera en él una facultad de—precisamente—*no* querer conservarse...

El principio de Spinoza de la autoconservación debería, en realidad, poner fin a la modificación. Pero el principio es falso, lo *contrario* es verdadero. Precisamente, en todo ser vivo, se puede mostrar con la máxima claridad que todo lo hace, *no* para conservarse, sino para llegar a ser *más*...

La «voluntad de poder» ¿es un tipo de «voluntad» o idéntica al concepto de «voluntad»? ¿Significa lo mismo que desear? ¿O que mandar?

¿Es la «voluntad», de la que Schopenhauer opina que sería el «en sí de las cosas»?

Mi tesis es: que la *voluntad* de la psicología tradicional es una generalización injustificada; que esa voluntad *no existe en absoluto*, que, en lugar de considerar el

desarrollo de una *determinada* voluntad en muchas formas, se ha *suprimido* el carácter de la voluntad, *sustrayéndole* el contenido, el ¿adónde?

Éste es el caso en grado supremo de *Schopenhauer*: lo que llama «voluntad» es una mera palabra vacía. Aún menos se trata de una «voluntad *de vida*»: pues la vida es meramente un *caso particular* de la voluntad de poder. Es totalmente arbitrario pretender que todo aspira a transformarse en esta forma de la voluntad de poder. 14[121]

• Para la teoría del conocimiento: *simplemente empírica*

No hay ni «espíritu», ni razón, ni pensamiento, ni conciencia, ni alma, ni voluntad, ni verdad: todo ficciones que son inutilizables. No se trata de «sujeto y objeto» sino de una determinada especie animal que sólo prospera bajo una cierta y relativa *precisión* y, sobre todo, *regularidad* de sus percepciones (de suerte que pueda capitalizar la experiencia)...

El conocimiento trabaja como *instrumento* del poder. Por ello, es evidente que crece con cada aumento de poder...

Tanto por lo que respecta al sentido del «conocimiento» como al de «bueno» o «bello», el concepto debe ser tomado rigurosa y estrictamente de una manera antropomórfica y biológica. Para que una determinada especie perviva—y crezca su poder—, tiene

que incluir en su concepción de la realidad suficientes elementos calculables e invariables como para poder construir a partir de ellos un esquema de su comportamiento. *La utilidad de la conservación*, no ninguna necesidad teórico-abstracta de evitar ser engañado, es el motivo subyacente del desarrollo de los órganos de conocimiento... Éstos se desarrollan de manera que su observación baste para conservarnos. Dicho de otro modo: el *grado* de voluntad de conocer depende del grado de crecimiento de la *voluntad de poder* de la especie: una especie abraza tanta realidad como *para dominarla, para ponerla a su servicio*.

El concepto mecanicista de *movimiento* es una traducción del proceso original al *lenguaje simbólico del ojo y del tacto*.

El concepto «átomo», la distinción entre una «sede de la fuerza motriz y ésta misma», procede de un *lenguaje simbólico surgido de nuestro mundo lógico-psicológico*.

No está en nuestras manos modificar nuestro medio de expresión: es posible comprender hasta qué punto se trata de una mera semiótica.

La demanda de un *modo adecuado de expresión* es *absurda*: está en la esencia de una lengua, de un medio de expresión, expresar una mera relación... El concepto «verdad» es un *contrasentido*... Todo el reino de lo «verdadero» y de lo «falso» se refiere tan sólo a re-

laciones entre seres, no a lo «en sí»... *Absurdo*: no hay ningún «ser en sí» (previamente las relaciones constituyen seres) como tampoco puede darse un «conocimiento en sí»... 14[122]

✦ Contracorriente

Anti-Darwin

Lo que mayormente me sorprende cuando lanzo una mirada sobre los grandes destinos de la humanidad es tener siempre ante los ojos lo contrario de lo que hoy Darwin y su escuela ven o *quieren* ver: la selección en favor de los más fuertes, de los mejor pertrechados, el progreso de la especie. Precisamente se palpa lo contrario: la supresión de los casos afortunados, la inutilidad de los tipos mejor conseguidos, la irremediable toma del poder de los tipos medianos e, incluso, de los *inferiores a la media*. A menos que se nos muestre la razón de por qué el hombre es la excepción entre las criaturas, me inclino yo hacia el prejuicio de que la escuela de Darwin se equivoca en todo. Aquella voluntad de poder en la que he reconocido la razón y el carácter últimos de todo cambio nos facilita el medio de explicar por qué precisamente la selección no se produce en favor de las excepciones y de los casos afortunados: los más fuertes y afortunados son débiles cuando tienen contra sí los organizados instintos del

rebaño, la cobardía de los débiles, de los superiores en número. Mi visión conjunta del mundo de los valores muestra que los valores superiores que hoy penden sobre la humanidad *no* otorgan la supremacía a los casos afortunados, a los tipos selectos, sino más bien a los tipos de la *décadence*. Quizás no hay nada más interesante en el mundo que este *indeseable* espectáculo...

Aunque suene raro: siempre hay que armar a los fuertes frente a los débiles, a los afortunados frente a los desafortunados, a los sanos frente a los degradados y tarados genéticamente. Si se quiere formular la realidad de manera *moral*, esa moral dice así: los mediocres son más valiosos que los excepcionales, las formas decadentes más que las mediocres, la voluntad de nada tiene la supremacía sobre la voluntad de vida—y el fin general, expresado en términos cristianos, budistas o schopenhauerianos, es:

mejor *no* ser que ser

Me *sublevo* contra la formulación moral de la realidad. Por ello aborrezco el cristianismo con un odio mortal, porque ha creado las palabras y los gestos sublimes para otorgar a una realidad espantosa el manto de la justicia, de la virtud, de la divinidad...

Veo a todos los filósofos, veo a la ciencia, arrodillados ante la realidad de una lucha por la existencia inversa a la enseñada por la escuela de Darwin. Es decir,

en todas partes dominan la situación y perviven los que comprometen la vida, el valor de la vida. El error de la escuela de Darwin sería para mí el problema [...].

In summa: el crecimiento del *poder* de una especie está quizás menos garantizado por la preponderancia de sus hombres afortunados, de sus miembros más fuertes, que mediante la preponderancia de los tipos mediocres e inferiores... Los últimos tienen la gran fecundidad, la duración; con los primeros crece el peligro, la rápida devastación, la veloz disminución del número.

14[123]

• Contracorriente

Sobre el origen de la religión

De la misma manera que el hombre inculto cree hoy que, cuando se enoja, la causa es la cólera; cuando piensa, lo es el espíritu; cuando siente, lo es el alma; brevemente, de igual manera como se admite aún hoy irreflexivamente una masa de entidades psicológicas que deben ser causas, así también el hombre—en un nivel aún más ingenuo—ha explicado los mismos fenómenos con la ayuda de entidades psicológico-personales. Todos los estados que le parecían extraños, maravillosos, imponentes, se los explicaba como obsesiones y encantamientos debidos al poder de una persona. Así

el cristiano, hoy el tipo de hombre más ingenuo y retardado, retrotrae la esperanza, la paz, el sentimiento de «salvación», a una inspiración psicológica de Dios [...]

In summa: el origen de la religión reside en los extremos sentimientos de poder que por *extraños* sorprenden al hombre: e igual que el enfermo que, sintiendo un miembro demasiado pesado y raro, concluye que otro hombre yace sobre él, el ingenuo *homo religiosus* se disocia en *diversas personas*. La religión es un caso de «alteración de la personalidad». Una *especie de sentimiento de temor y terror* ante sí mismo...

Pero al mismo tiempo un extraordinario *sentimiento de felicidad y elevación*...

Entre los enfermos basta el *sentimiento de salud* para hacerles creer en Dios, en la proximidad de Dios.

14[124]

• Contracorriente: Religión.

Moral como tentativa de restablecer el orgullo humano

La teoría del «libre albedrío» es antirreligiosa. Quiere crear en el hombre el derecho a poderse pensar como causa de sus estados y comportamientos elevados. Es una forma de creciente *sentimiento de orgullo*. [...]

Es una trivial *óptica* de la *psicología*: siempre bajo la falsa suposición de que nada nos es imputable que no lo tengamos, como querido, en la conciencia.

134

Toda la doctrina de la responsabilidad depende de esta ingenua psicología: sólo la voluntad es causa y se tiene que saber que se la ha querido, para poder creerse *a sí mismo* como causa.

El hombre sólo se puede respetar a sí mismo si es virtuoso.

Aparece la contracorriente de los filósofos de la moral, siempre bajo el mismo prejuicio de que sólo se es responsable de algo si se lo ha querido.

El valor del hombre se establece como *valor moral* en consecuencia su moralidad tiene que ser una *causa prima*.

En consecuencia en el hombre tiene que haber un principio, un «libre albedrío» como *causa prima*.

Aquí hay siempre una reserva mental: si el hombre no es *causa prima* como voluntad, entonces es irresponsable—en consecuencia no podría ser imputado ante un *forum moral*—la virtud o el vicio serían automáticos o maquinales...

In summa: para que el hombre pueda respetarse a sí mismo también tiene que ser capaz de ser malo.

14[126]

• [...] Crítica: toda acción perfecta es, precisamente, inconsciente e impremeditada; la conciencia expresa un estado personal imperfecto y a menudo enfermizo. La *perfección personal como condicionada por la volun-*

135

tad, como *consciente*, como razón con dialéctica, es una caricatura, una especie de autocontradicción... El grado de conciencia hace—en efecto—*imposible* la perfección... Forma de *hipocresía*. 14[128]

• La filosofía como *décadence*

¿Por qué son *denigradores* los filósofos?

La páfida y ciega hostilidad de los filósofos contra los *sentidos*.

¡No son los sentidos los que engañan!

Nuestra nariz, de la que nunca ningún filósofo—que yo sepa—ha hablado con respeto, es por de pronto el más delicado instrumento físico que hay: incluso permite constatar oscilaciones ante las cuales el mismo espectroscopio es impotente.

¡Cuánto hay de *plebeyo e hipócrita* en todo ese odio!

El pueblo considera siempre el abuso, cuyas malas consecuencias ha sufrido, como *objeción* contra aquello de lo que se ha abusado: todos los movimientos de rebelión contra principios, ya sea en el campo de la política o de la economía, siempre argumentan así, con el presupuesto de presentar algún abuso como inherente y necesario al principio.

Es ésta una *lamentable* historia: el hombre busca un principio a partir del cual poder despreciar al hombre. Inventa un mundo para poder denigrar y ensuciar este mundo: en realidad, siempre echa mano de

la nada y erige esa nada en «Dios», en «verdad», e inevitablemente en juez y condenador de *este ser*...

Si se quiere tener una prueba de cuán profunda y fundamentalmente las necesidades propiamente *bárbaras* del hombre buscan satisfacerse incluso dentro de la domesticación y de la «civilización», entonces hay que examinar los «leit-motive» de todo el desarrollo de la filosofía. Una especie de venganza contra la realidad, una páfida destrucción de los valores en los que vive el hombre, un alma *insatisfecha* que considera las condiciones de domesticación como una tortura y halla su voluptuosidad en cortar enfermizamente todos los lazos que la ataban.

La historia de la filosofía es un *furor secreto* contra las condiciones de la vida, contra los sentimientos de valor de la vida, contra el tomar partido en favor de la vida. Los filósofos nunca han renunciado a afirmar un mundo, a condición de que contradijera este mundo, que les ofreciera un pretexto para hablar mal de este mundo. Hasta hoy la filosofía ha sido la gran *escuela de la denigración*: y se ha impuesto tanto que, aún hoy en día, nuestra ciencia, que se presentaba como la defensora de la vida, *ha aceptado* la posición fundamental de la denigración y manipula este mundo como apariencia, esta cadena de causas como mero fenómeno. ¿*Qué* odia aquí en realidad?

Creo que es siempre la *Circe de los filósofos*, la moral,

la que les juega la mala pasada de obligarles en toda época a ser denigradores... Han creído en las «verdades» morales, en ellas encontraban los valores supremos. ¿Qué les quedaba por hacer sino decir «no» a la existencia tanto más como mejor la comprendían?... ya que esta existencia es *inmoral*... Y esta vida descansa sobre condiciones inmorales y toda moral *niega* la vida.

Abolamos el mundo verdadero: y, para poder hacerlo, hemos de abolir los valores tradicionalmente supremos, la moral...

Basta con probar que también la moral es *inmoral* en el sentido en que hasta hoy lo inmoral ha sido condenado. Si, de esta manera, hemos roto la tiranía de los valores tradicionales, si hemos abolido el «mundo verdadero», entonces un *nuevo orden de valores* tendrá que brotar por sí mismo.

N.B. El mundo aparente y el mundo *ficticio*: he aquí la antítesis. El último ha sido llamado hasta hoy el «mundo verdadero», la «verdad», «Dios». *Eso* es lo que hemos abolido. 14[134]

• Teoría y práctica

Funesta distinción: por una parte, como si existiese un *instinto* específico *del conocimiento* que se precipita ciegamente sobre la verdad, sin consideración a la cuestión de la utilidad y del perjuicio; y por otra par-

te, separado de aquél, todo el mundo de los intereses *prácticos*...

Muy al contrario, intento mostrar qué instintos han estado actuando detrás de esos teóricos *puros*, cómo todos sin excepción y fatalmente se precipitan en la senda de sus instintos hacia algo que *para ellos* era «verdad»—para ellos y *sólo* para ellos. La lucha entre los sistemas, incluyendo la de los escrúpulos sobre teoría del conocimiento, es una lucha entre instintos totalmente determinados (formas de vitalidad, de decadencia, de clases, de razas, etc.).

El pretendido *instinto del conocimiento* se retrotrae a un *instinto de apropiación* y de *dominación*: siguiéndolo se han desarrollado los sentidos, la memoria, los instintos, etc. [...]

La moral es una ciencia tan curiosa porque es práctica en grado sumo, pues la posición pura del conocimiento, la honradez científica es abandonada inmediatamente cuando la moral exige sus propias respuestas.

La moral dice: *necesito* varias respuestas, razones, argumentos. A partir de aquí pueden aparecer escrúpulos, o en absoluto... [...]

«¿Cómo se debe actuar?».—La moral ha sido siempre un malentendido: en realidad una especie cuyo *fatum*—inscrito en su cuerpo—la obligaba a actuar de esa o aquella manera; quería justificarse *imponien-*

do por decreto su propia norma como norma universal... [...] 14[142]

• *Ciencia contra filosofía*

Las descomunales equivocaciones:

- 1) La insensata *sobrevaloración de la conciencia*; haber hecho de ella una unidad, una esencia, «el espíritu», «el alma», algo que siente, piensa y quiere.
- 2) El espíritu como *causa*, especialmente allí donde aparece finalidad, sistema, coordinación.
- 3) La conciencia como suprema forma alcanzable, como tipo superior de ser, como «dios».
- 4) La voluntad introducida allí donde hay efecto.
- 5) El «mundo verdadero» como mundo espiritual, como accesible mediante el hecho de la conciencia.
- 6) El *conocimiento* absoluto como facultad de la conciencia, donde hay conocimiento en general.

Deducciones:

Todo progreso consiste en un avance por lo que respecta a la toma de conciencia; toda regresión, en volverse inconsciente.

Nos aproximamos a la realidad del «ser verdadero» mediante la dialéctica; nos *alejamos* de ella mediante los instintos, los sentidos, el mecanismo...

Fundir el hombre en el espíritu significa hacer de él un dios: espíritu, voluntad, bondad—la unidad.

Todo *bien* tiene que provenir de la espiritualidad, tiene que ser un hecho de conciencia.

El progreso hacia lo *mejor* sólo puede ser un progreso en la toma de *conciencia*.

Volverse inconsciente equivale a caer bajo los *deseos* y los *sentidos*, a un *embrutecimiento*.

La lucha contra Sócrates, Platón, la totalidad de las escuelas socráticas, parte del profundo instinto de que no se hace *mejor* al hombre cuando se le presenta la virtud como demostrable y como fundamentada...

Finalmente hay el hecho mezquino de que el instinto agonal impulsa a todos esos dialécticos de origen a glorificar su *aptitud personal* como la *cualidad superior* y a presentar todos los otros bienes como dependientes de ella. El espíritu *anticientífico* de toda esa «filosofía»: *quiere tener razón*. 14[146]

• Parménides dijo «no se puede pensar lo que no es». Nosotros estamos en el otro extremo y decimos «lo que puede ser pensado, sin duda tiene que ser una ficción». El pensamiento no tiene ningún asidero en lo real, sino tan sólo en*. 14[148]

• *Voluntad de poder como conocimiento*

No «conocer», sino esquematizar, imponer al caos

* Ilegible en el original.

tanta regularidad y tantas formas como para satisfacer nuestras necesidades prácticas.

En la formación de la razón, de la lógica, de las categorías, la necesidad ha sido lo decisivo: la compulsión, no de «conocer», sino de subsumir, de esquematizar, como fin de la comprensión, del cálculo...

La preparación, la composición de lo comparable e igual, el mismo proceso que sufre toda impresión sensorial, ¡tal es el desarrollo de la razón!

Aquí no interviene ninguna «idea» preexistente: sino la utilidad. Sólo cuando vemos las cosas hechas aproximadamente iguales, devienen para nosotros calculables y manipulables...

La *finalidad* en la razón es un efecto y no una causa: en cualquier otro tipo de razón, del cual constantemente hay intentos, se malogra la vida: todo deviene confuso, demasiado desigual.

Las categorías son «verdades» sólo en el sentido de que son condición vital para nosotros: así como el espacio euclidiano es una tal «verdad» condicionada. (Ya que nadie sostendrá la necesidad de que justamente existan hombres, la razón es en sí—tanto como el espacio euclidiano—una mera idiosincrasia de determinadas especies animales y una entre otras muchas...)

La subjetiva compulsión que impide sostener lo contrario es una necesidad biológica: el instinto de la

utilidad que nos hace inferir tal como inferimos lo tenemos inscrito en nuestro cuerpo, prácticamente *somos* ese instinto... No obstante, es una ingenuidad sacar de aquí una prueba de que con ello poseemos una «verdad en sí»...

El no poder sostener lo contrario prueba una impotencia, no una «verdad».

* *

No se tiene que buscar el fenomenismo en el lugar erróneo: nada es más fenoménico (o más manifiesto), nada es más *ilusión* que ese mundo interior que observamos con el famoso «sentido interior». [...]

In summa: todo lo que se nos hace consciente es un fenómeno terminal, una conclusión—y no causa nada—; toda sucesión en la conciencia es completamente atomista. Y nosotros hemos tratado de comprender el mundo con la concepción *inversa*: como si nada actuara ni fuera real sino pensar, sentir, querer...

14[152]

• *La voluntad de poder como vida*
Psicología de la voluntad de poder
Placer, desplacer

El dolor es algo otro que el placer: quiero decir que *no* es su contrario. Si la esencia del placer ha sido exactamente definida como un *sentimiento de plus* de poder

(por consiguiente como un sentimiento de diferencia, que presupone una comparación), entonces con ello no se ha definido todavía la esencia del desplacer. Las falsas oposiciones en que cree el pueblo y *en consecuencia* la lengua, han sido siempre peligrosos grilletes para la marcha de la verdad. Hay incluso casos donde un tipo de placer viene condicionado por medio de una cierta *sucesión rítmica* de excitaciones desplaceras mediante las que se logra un muy rápido crecimiento del sentimiento de poder, del sentimiento de placer. Este es el caso, por ejemplo, del cosquilleo, también del cosquilleo sexual en el acto del *coitus*: vemos el desplacer actuar en tal caso como ingrediente del placer. Aparece una pequeña incomodidad que es superada y viene seguida inmediatamente de nuevo por otra pequeña incomodidad, que nuevamente es superada; este juego de oposición y victoria estimula de la manera más fuerte aquel sentimiento general de poder desbordante y superfluo que constituye la esencia del placer.

Falta el caso inverso: la intensificación de la sensación dolorosa por medio de la intercalación de pequeñas excitaciones placenteras: placer y dolor no son dos realidades inversas. El dolor es un proceso intelectual en el que, indudablemente, se deja oír un juicio. El juicio «dañino» en el que se resume una larga experiencia. En sí no existe ningún dolor. *No* es la herida la que

hace daño; es la experiencia de las malas consecuencias que una herida puede tener para el conjunto del organismo la que se manifiesta en forma de esa profunda vibración llamada desplacer (en las influencias dañinas que permanecieron desconocidas por la humanidad antigua, por ejemplo al provenir de nuevas combinaciones químicas venenosas, falta también la expresión del dolor, y ya estamos perdidos...). En el dolor, lo que le es siempre propiamente específico es la larga vibración, el estremecimiento de un *choque* terrorífico en el centro cerebral del sistema nervioso. En realidad *no* se sufre a causa del dolor (por alguna lesión, por ejemplo), sino por la ruptura del equilibrio que se produce como consecuencia de aquel *choque*. El dolor es una enfermedad de los centros nerviosos del cerebro; el placer no es en absoluto una enfermedad...

Que el dolor es la causa de reacciones es algo que tiene a su favor la apariencia e, incluso, el prejuicio de los filósofos; ahora bien, en casos súbitos, si se observa exactamente, la reacción viene manifiestamente antes que la sensación dolorosa. Mal me iría, si ante un paso en falso tuviera que esperar hasta que el hecho hiciera sonar la campana de la conciencia y me respondiera telegráficamente una advertencia sobre lo que se tenía que hacer... Muy al contrario, distingo tan claramente como es posible que en primer lugar se produ-

ce la reacción del pie para evitar la caída y luego—en un intervalo medible—una especie de onda dolorosa se hace sentir bruscamente en la parte anterior de la cabeza. Así pues, *no* se reacciona al dolor. El dolor es posteriormente proyectado hacia la parte herida. Ahora bien, la esencia de ese dolor localizado no es—con todo—la expresión del tipo de herida localizada, es una mera señal localizadora, cuya intensidad y tonalidad son proporcionales a la herida recibida por los centros nerviosos. Que a consecuencia de aquel *choque* la fuerza muscular del organismo baje apreciablemente, nos quita toda base para buscar la *esencia* del dolor en una disminución del sentimiento de poder... *No* se reacciona—digámoslo una vez más—al dolor: el *desplacer* no es ninguna «causa» de acciones. El dolor mismo es un reflejo, la reacción es un reflejo diferente y *anterior*—ambos tienen su punto de partida en lugares diferentes. 14[173]

• La voluntad de poder como *vida*

El hombre *no* busca el placer *ni* evita el *desplacer*: con esto se comprende contra qué famoso prejuicio luchó. Placer y *desplacer* son meras consecuencias, meros fenómenos concomitantes. Lo que quiere el hombre, lo que quiere la más pequeña parte de un organismo vivo, es un *plus* de poder. De la aspiración hacia él resultan tanto el placer como el *desplacer*. Par-

tiendo de aquella voluntad, busca una resistencia, necesita algo que se le oponga. El *desplacer* como freno de su voluntad de poder es, pues, un hecho normal, un ingrediente normal en todo acontecimiento orgánico; el hombre no lo evita, por el contrario tiene constante necesidad del *desplacer*: toda victoria, todo sentimiento de placer, todo acontecimiento, supone una resistencia vencida. [...]

El *desplacer*, por tanto, tan innecesariamente tiene como consecuencia una *disminución de nuestro sentimiento de poder* que, en casos ordinarios, actúa precisamente como excitante sobre nuestro sentimiento de poder. El obstáculo es el *estímulo* de esa voluntad de poder.

Se ha confundido el *desplacer* con un solo tipo de *desplacer*: con el del agotamiento. Este último representa, en efecto, una profunda disminución y relajación de la voluntad de poder, una cuantificable pérdida de fuerza. Ello quiere decir *desplacer* como medio para excitar el refuerzo del poder y *desplacer* después de un derroche de poder; en el primer caso un estímulo, en el último la consecuencia de una excitación excesiva... La incapacidad de resistencia es propia de este último *desplacer*; el desafío respecto a lo que se resiste pertenece al primero... El único placer que aún se puede percibir en el estado de agotamiento es el adormecerse; el placer en el otro caso es la victoria...

La gran equivocación de los psicólogos estriba en que no han distinguido entre estos dos *tipos de placer*: el de *adormecerse* y el de *vencer*.

Los exhaustos quieren descanso, relajamiento de miembros, paz, sosiego.

Tal es la *felicidad* de las religiones y de las filosofías nihilistas.

Los ricos y vivaces quieren victoria, adversarios domeados, desbordamiento del sentimiento de poder sobre territorios cada vez más amplios.

Todas las funciones sanas del organismo tienen esa necesidad y el organismo entero es hasta la pubertad un tal complejo de sistemas luchando por el crecimiento de los sentimientos de poder. 14[174]

• *El filósofo* como posterior desarrollo del tipo *sacerdotal*:

—tiene su herencia en la sangre,

—está—incluso como rival—obligado a luchar por lo mismo y con los mismos medios que el sacerdote de su época,

—aspira a la *autoridad suprema*. [...] 14[189]

• *Egoísmo*

Principio: sólo los individuos se sienten *responsables*. Las multitudes han sido inventadas para hacer cosas para las cuales los individuos no tienen coraje.

Precisamente por ello todas las comunidades y sociedades son cien veces *más sinceras e instructivas* respecto a la esencia del hombre que el individuo, quien es demasiado débil para tener el valor de seguir sus apetitos.

Todo «altruismo» se revela como *prudencia del hombre privado*: las sociedades no son «altruistas» entre sí...

El mandamiento del amor al prójimo nunca ha sido ampliado hasta un mandamiento del amor al vecino. [...]

Si el estudio de la sociedad es tan inapreciable es porque el hombre como sociedad es mucho *más simple* que el hombre como «unidad».

La «sociedad» nunca ha considerado la *virtud* sino como medio de los fuertes, del poder, del orden. [...] 14[196]

• *Progreso*

¡No nos engañemos! El tiempo corre hacia adelante. Nos gusta creer que todo lo que está en el tiempo también corre hacia adelante... que el desarrollo es un desarrollo hacia adelante... Ésta es la engañosa apariencia que seduce a los más juiciosos. Pero el siglo XIX no es ningún progreso respecto del siglo XVI y el espíritu alemán de 1888 es un retroceso respecto al espíritu alemán de 1788... La «humanidad» no avanza, ni siquiera existe... El aspecto global es el de un inmenso

taller experimental donde, dispersas a través de todas las épocas, algunas cosas prosperan en medio de indescriptibles fracasos, donde falta todo orden, lógica, conexión y asociación... ¿Cómo podríamos ignorar que la aparición del cristianismo es un movimiento de decadencia?... ¿Que la Reforma alemana es un recrudescimiento de la barbarie cristiana?... ¿Que la Revolución ha destruido el instinto para la gran organización, la posibilidad de una sociedad?... El hombre no es ningún progreso respecto al animal: el tierno civilizado es un aborto en comparación con el árabe o el corso; el chino es un tipo bien logrado, esto es, más preparado para durar que el europeo...

15[8]

• [...] En toda toma de conciencia se expresa un malestar del organismo: debe intentar algo nuevo, nada de ello le ha sido preparado, hay fatiga, tensión, hiperexcitación—precisamente eso es la toma de conciencia... El genio reside en el instinto; la bondad igualmente. Sólo se actúa perfectamente en la medida que se actúa instintivamente. Incluso desde el punto de vista moral, todo pensamiento que se desarrolla conscientemente es una mera tentativa, la mayor parte de las veces lo contrario de la Moral. La honradez científica está siempre en suspenso cuando el pensador empieza a razonar: hágase la prueba, póngase en la balanza a los más sabios mientras se les hace hablar de moral....

150

Se puede probar que todo pensamiento que se desarrolla conscientemente también representará en la moralidad un grado bastante inferior al del pensamiento del mismo tan pronto como éste es guiado por sus *instintos*.

Nada es más raro entre los filósofos que la *honradez intelectual*: quizás digan lo contrario, quizás lo crean ellos mismos. Pero todo su oficio les conduce a admitir tan sólo ciertas verdades; saben lo que *tienen* que probar, casi por ello se reconocen como filósofos en la medida que están de acuerdo sobre esas «verdades». Éste es el caso, por ejemplo, de las verdades morales. Pero la creencia en la moral no es todavía ninguna prueba de moralidad: hay casos—y el de los filósofos lo es—donde una tal creencia es simplemente una *inmoralidad*.

15[25]

• En todo tiempo se han tomado los «bellos sentimientos» por argumentos, los «corazones entusiastas» por el fuelle de la divinidad, la convicción como el «criterio de verdad», la necesidad del adversario como signo de interrogación de la sabiduría: esta falsedad, esta falsificación cruza toda la historia de la filosofía. Exceptuados los estimables pero escasos escépticos, en ninguna parte se muestra ningún instinto de honradez intelectual. Finalmente y con total candor, incluso Kant ha buscado dar un aspecto científifi-

151

co a esta corrupción de pensadores con el concepto de «razón práctica»: ha inventado específicamente una razón para que fije en qué casos no hay que hacer caso de la razón: es decir cuando habla la necesidad del corazón, de la moral, del deber. 15[28]

• Juicio fundamental sobre la esencia de la *décadence*.

Lo que hasta ahora se ha considerado como sus causas, son sus consecuencias.

Así se transforma toda la perspectiva *de los problemas morales*:

vicio,
lujuria,
crimen,
la enfermedad misma.

Toda la lucha moral contra el vicio, la lujuria, etc. aparece como ingenuidad, como superflua...

No hay «*mejoría*» (contra el *remordimiento*). La *décadence* misma no es nada *que se haya de combatir*: es absolutamente necesaria e inherente a todo pueblo y a toda época. Lo que hay que combatir con todas las fuerzas es la inoculación del contagio en las partes sanas del organismo.

¿Lo hacemos así? Se hace lo *contrario*.

Precisamente en esta dirección se esfuerzan los partidarios de la *humanidad*. [...] 15[31]

• Indignamente se ha intentado ver a Wagner y a Schopenhauer como tipos de enfermos mentales: se habría obtenido una perspectiva muchísimo más esencial precisando científicamente el tipo de *décadence* que ambos representan. 15[35]

• Sea dedicado este libro *a aquel bien logrado* que alivia mi corazón y que está tallado de una madera dura, fina y olorosa—en la que incluso el olfato encuentra placer.

Él gusta de lo que le es propicio.

Su placer por algo cesa allí donde se sobrepasa la medida de lo propicio.

Adivina los remedios contra daños parciales, tiene en las enfermedades el gran estímulo de su vida.

Sabe aprovechar sus peores contratiempos.

Se vuelve más fuerte con las desgracias que amenazan aniquilarlo.

Instintivamente, de todo lo que ve, oye y vive recoge algo en provecho de lo que le es esencial; sigue un principio de selección, prescinde de mucho.

Reacciona con la lentitud de quien ha tenido una larga prudencia y un voluntario orgullo, examina de dónde proviene y hacia dónde va el impulso, no se somete.

Está siempre en *su* sociedad tanto si se ocupa con libros, hombres o paisajes; honra lo que *elige*, lo que *tolera*, lo que le *da confianza*... 15[39]

• *Que se pueda creer cualquier cosa**

XVI

El error y la ignorancia son funestos.

La afirmación de que la *verdad está ahí* y tiene que acabar con la ignorancia y el error es una de las más grandes seducciones que hay.

Partiendo de tal creencia se paralizan la voluntad de examen, de investigación, de prudencia, de experimentación, que incluso pueden pasar por impías en tanto que *duda* sobre la verdad...

La «verdad» es por consiguiente *más* funesta que el error y la ignorancia porque bloquea las fuerzas que podrían trabajar en favor de la ilustración y el conocimiento.

Ahora la pasión de la *pereza* toma el partido de la «verdad».

—«¡Pensar es una obligación, una miseria!».

Lo mismo se puede decir del orden, la regla, el afán de poseer, el orgullo de la sabiduría—en suma, la *vanidad*.

—Es más cómodo obedecer que *examinar*... Es más lisonjero pensar «tengo la verdad» que ver tan sólo oscuridad alrededor.

—Ante todo: tranquiliza, da confianza, facilita la

* El resto de la frase es ilegible en el original.

vida—«mejora» el *carácter*, en la medida que *reduce la desconfianza*...

«La paz del alma», «la tranquilidad de conciencia» son todas invenciones que sólo son posibles bajo la suposición de que la *verdad* está ahí... [...] 15[46]

• No es la victoria de la ciencia lo que caracteriza nuestro siglo XIX, sino la victoria del método científico sobre la ciencia. 15[51]

• *Voluntad de verdad*

XVIII

Mártires

Para combatir todo lo que se fundamenta en la veneración se necesita por parte del atacante un cierto carácter temerario, despiadado e, incluso, desvergonzado... Pues bien, tomando en cuenta que, desde hace milenios, la humanidad ha sacralizado como verdades meros errores, y que ella misma ha estigmatizado toda crítica a tales verdades como signo de mal carácter, entonces se tiene que reconocer con pesar que ha sido necesario un buen número de *inmoralidades* para dar la iniciativa en el combate—quiero yo decir—de la *razón*... A estos inmoralistas se les puede perdonar que siempre hayan escogido ellos mismos el *rol* de «mártires de la verdad»: la verdad—no el instinto de

verdad, sino la disolución, el impío escepticismo, el deseo de aventura—es lo que les lleva a negar. En otros casos son los rencores personales los que los apremian en el ámbito de los problemas. Luchan contra problemas para llevar la razón contra personas. Pero ante todo es la venganza la que se ha convertido en científicamente utilizable. La venganza de los oprimidos, de los marginados e, incluso, oprimidos mediante las verdades *dominantes*...

La verdad, quiero decir la metódica científica, ha sido esgrimida y reclamada por los que veían en ella un instrumento de lucha, un arma de *aniquilación*... Para dar legitimidad a su hostilidad necesitaban además un aparato del mismo tipo que aquellos que combatían: asumieron el concepto de «verdad» tan absolutamente como sus adversarios. Se convirtieron en fanáticos, como mínimo en relación a la actitud, porque ninguna otra actitud era tomada en serio. La persecución hizo el resto, la pasión e inseguridad del perseguido. El odio aumentó y, en consecuencia, disminuyó lo requerido para permanecer en el terreno de la ciencia. Finalmente llegaron a querer tener la razón de la misma absurda manera que sus adversarios... La palabra «*convicción*», «*creencia*», el orgullo del martirio, todos ellos son las condiciones más desfavorables para el conocimiento. Los adversarios de las verdades han aceptado finalmente y por sí mismos la

entera manera subjetiva de optar por la verdad; es decir con actitudes, sacrificios, decisiones heroicas; es decir *prolongando* el *dominio* del método anticientífico. En cuanto mártires han comprometido su propia acción. 15[52]

• *Moral*: un error útil; dicho más claramente: por lo que respecta a los más grandes y libres de prejuicio de sus promotores, una mentira estimada necesaria. 15[64]

• CONTRA LO QUE PREVENGO: NO confundir los instintos de *décadence* con la *humanidad*.

No confundir los *medios disolventes* y *necesariamente impulsores hacia la decadence* con la *cultura*.

No confundir el *libertinaje*, el principio del «laissez aller», con la *voluntad de poder* (que es su principio *contrario*). 15[67]

• Las *dos grandes tentativas* que se han llevado a cabo para sobreponerse al siglo XVIII:

Napoleón, despertando de nuevo al hombre, al soldado y a la gran lucha por el poder—concibiendo Europa como una unidad política.

Goethe, imaginando una cultura europea que fuera la herencia completa de lo ya *logrado* por la humanidad. 15[68]

• Nada es verdadero de lo que antiguamente pasaba por verdad:

Lo que por impío nos era antiguamente prohibido, despreciable, funesto, desvalorizado, todas esas flores crecen hoy en la risueña senda de la verdad.

Toda esa vieja moral no tiene nada que ver con nosotros: no contiene ningún concepto que aún merezca atención. La hemos sobrevivido, nunca más seremos suficientemente groseros ni ingenuos para dejarnos engañar de esa manera... Dicho más amablemente: somos demasiado virtuosos para ello...

Y si la verdad, en el viejo sentido, sólo era «verdad» porque la vieja moral la confirmaba, porque podía confirmarla: entonces se desprende que ninguna verdad de antaño nos es ya necesaria... La moralidad ya no es en absoluto nuestro *criterio* de verdad, *refutamos* una afirmación demostrando que es dependiente de la moral, que está inspirada en sentimientos nobles.

15[77]

• Las causas del error se basan tanto en la *buenavoluntad* del hombre como en la mala: mil veces se oculta éste la realidad, la falsea, para no sufrir en su buena voluntad. [...]

Los errores son lo que la humanidad tiene que pagar más caro: y, en suma, son los errores de la «buena

voluntad» los que la han perjudicado más profundamente. La ilusión que hace feliz es más perniciosa que la que tiene directamente malas consecuencias: esta última nos hace más agudos, desconfiados, purifica la razón—la primera la entumece...

Los buenos sentimientos, los «impulsos sublimes», pertenecen—hablando psicológicamente—a los narcóticos: su abuso tiene las mismas consecuencias que el abuso de cualquier otro opio—la *debilidad nerviosa*...

15[91]

• Crítica de los *sentimientos subjetivos de valor*

La conciencia moral. Antiguamente se razonaba así: la conciencia reprueba esa acción, por tanto esa acción es reprobable. En realidad la conciencia reprueba una acción porque así lo ha hecho durante largo tiempo. Simplemente repite, no crea ningún valor.

Aquello que, antiguamente, nos determinaba a reprobar ciertas acciones *no* era la conciencia: sino el juicio (o el prejuicio) en relación a sus consecuencias...

La aprobación de la conciencia, el sentimiento de bienestar por estar «en paz consigo mismo» es del mismo orden que el placer de un artista ante su obra—no prueban absolutamente nada... La autosatisfacción es tan pobre criterio de valor a favor, como puede considerarse su ausencia un argumento contrario al valor

de una cosa. Estamos muy lejos de saber lo suficiente como para poder medir el valor de nuestras acciones: nos falta para ello la posibilidad de una posición objetiva: incluso cuando reprobamos una acción no somos jueces, sino parte...

Las nobles emociones que acompañan las acciones no demuestran nada respecto al valor de éstas: un artista, bajo el estado pasional más elevado, puede producir algo miserable. Se debería decir más bien que tales emociones son engañosas: desvían nuestra mirada, nuestra fuerza de la crítica, de la cautela, de la sospecha de que hacemos una *estupidez...* nos hacen estúpidos. 15[92]

• *Las típicas formaciones de sí. O: las ocho cuestiones fundamentales.*

- 1) ¿Si se quiere ser más complejo o más simple?
- 2) ¿Si se quiere ser más feliz o más indiferente a la felicidad e infelicidad?
- 3) ¿Si se quiere estar más satisfecho consigo mismo o ser más exigente y más implacable?
- 4) ¿Si se quiere devenir más blando, más sumiso, más humano o «más inhumano»?
- 5) ¿Si se quiere ser más prudente o más despreocupado?
- 6) ¿Si se quiere alcanzar un fin o eludir todo fin? (como, por ejemplo, hace el filósofo que en todo fin

olfatea un límite, un callejón sin salida, una prisión, una estupidez...)

7) ¿Si se quiere ser más apreciado o más temido?
¡O *más despreciado!*

8) ¿Si se quiere ser tirano, seductor, pastor o animal de rebaño? 15[114]

• *¿Qué es ser distinguido?**

Que constantemente tiene que representarse. Que se buscan situaciones donde constantemente se tiene necesidad de gestos. Que se abandona la dicha al *gran número*: dicha como paz del alma, virtud, confort (mentalidad anglo-angélica del tendero a lo Spencer). Que instintivamente se buscan pesadas responsabilidades para sí mismo. Que se sabe crear enemigos en todas partes, en el peor caso incluso por sí mismo. Que se contradice el *gran número* no mediante palabras, sino mediante acciones. 15[115]

• *Sentencias de un hiperbóreo*

Nosotros, hiperbóreos, no llegamos a saber hasta qué punto vivimos aparte. «Ni por agua ni por tierra puedes encontrar el camino hacia el país de los hiperbóreos»: eso ya lo sabía Píndaro de nosotros. [...]

* También se puede traducir—siguiendo una larga tradición—como: «¿Qué es ser aristocrático?».

Incluso el más valiente de nosotros sólo muy raramente tiene el valor para asumir lo que en el fondo *sabe*... [...]

¿Cómo? ¿El hombre es sólo un error de Dios? ¿o Dios tan sólo un error del hombre?

Desconfiamos de todos los sistemáticos, nos apartamos de ellos. La voluntad de sistema es, al menos para pensadores como nosotros, algo que compromete, una forma de inmoralidad.

La mujer, el eterno femenino: un valor puramente imaginario en el que sólo cree el hombre.

El hombre ha creado a la mujer—¿A partir de qué? A partir de una costilla de su Dios, de su «ideal»... [...]

Quien ríe mejor, ríe también el último.

«Para vivir solo, se tiene que ser un animal o un dios»—dijo Aristóteles—. Comprobamos que se *tiene que ser ambos*...

La ociosidad es la madre de toda filosofía. En consecuencia: ¿es la filosofía un vicio? [...]

De cuando en cuando una estupidez.—¡Oh, qué pronto se recupera el gusto por la propia sabiduría! [...]

Lo que no nos mata, lo matamos *nosotros*, ello nos hace más fuertes. Hay que matar el wagnerismo.

«Eran escalones para mí. Los he subido. Por ello he tenido que pasar por encima. Pero pensaron que quería quedarme tranquilamente en ellos».

«Toda verdad es simple»: he aquí una ambivalente mentira.

Todo lo que es simple, es meramente imaginario, no es «verdadero». Pero lo que es real, lo que es verdadero, no es uno, ni aun menos reducible a la unidad.

¿Puede un burro de carga ser trágico? ¿Se puede alguien hundir bajo un peso que no puede llevar, ni arrojar?... [...]

«A los iguales, igualdad; a los desiguales, desigualdad—así habla la justicia para nosotros. Y lo que se desprende de ello: nunca hacer igual lo desigual».

Quien no puede poner su voluntad en las cosas, pone al menos un *sentido*: es decir, cree que un sentido ya está en su interior.

El gran estilo va a la zaga de la gran pasión. Desdeña agrandar, se olvida de convencer. Manda. *Quiere*. [...]

Los hombres póstumos son peor comprendidos, pero mejor escuchados que los coetáneos. O, más estrictamente: no son comprendidos jamás—y ¡precisamente de aquí proviene su *autoridad!* [...]

La virtud es el vicio más costoso: ¡*debe* continuar siéndolo!

El hombre es un mediocre egoísta: incluso el más inteligente considera más importante su rutina que su beneficio. [...]

El gusto aristocrático también fija límites al conocimiento. Quiere, de una vez por todas, *no* saber demasiado.

¿Qué es, en el hombre, la castidad? Que su gusto sexual ha permanecido aristocrático, que *in eroticis* no le gusta ni lo brutal, ni lo morboso, ni lo razonable. [...]

¡Cómo se puede quitar el gusto por la mediocridad a los mediocres! Hago, como se puede ver, todo lo contrario: cada paso que aleja de ella conduce—enseño yo—hacia lo *immoral*..

Nuestras convicciones más sagradas, nuestra posición inalterable en relación a los valores supremos son juicios de nuestros músculos.

«¿No sabes, todavía, lo que se necesita para multi-

plicar su fuerza por diez?».—¿Seguidores? —¡¡Ceros!!

Y como todo aquel que tiene demasiada razón, no doy importancia a tener razón. 15[118]

• El hombre, una minúscula especie animal exagerada que—afortunadamente—ha cumplido su tiempo; la vida sobre la tierra, en conjunto, un instante, un incidente, una excepción sin consecuencias, algo que para el carácter general de la tierra carece de importancia; la tierra misma, como todo astro, es un hiato entre dos nada, un acontecimiento sin plan, razón, voluntad, autoconciencia; el peor tipo de necesidad, la necesidad *estúpida*... Contra esta consideración algo se subleva en nosotros; la serpiente de la vanidad nos dice: «todo esto tiene que ser falso, *puesto que* subleva...» ¿Todo eso podría ser tan sólo apariencia? [...]

16[25]

• ¿*En qué reconozco a mis iguales?* La filosofía, tal como hasta ahora la he comprendido y vivido, es la búsqueda deliberada también de los aspectos más detestados e infames de la existencia. A partir de la larga experiencia que me ha dado una semejante peregrinación a través de hielos y desiertos, aprendí a ver de otra manera todo lo que hasta hoy se ha filo-

sofado. La *escondida* historia de la filosofía, la psicología de sus grandes nombres, aparece para mí a plena luz. «¿Cuánta verdad *soporta*, con cuánta verdad se *atreve* un espíritu?—éste fue para mí el auténtico criterio de valor. El error es una *cobardía*... toda adquisición de conocimiento *es consecuencia* de la valentía, de la dureza consigo mismo, de la limpieza consigo mismo... Una filosofía experimental tal como yo la vivo incluso anticipa a modo de ensayo las posibilidades del nihilismo radical: sin que con ello se quiera decir que se limite a un no, a una negación, a una voluntad de negar. Muy al contrario: quiere llegar a lo inverso—hasta un *dionisiaco decir-sí* al mundo tal como es, sin objeción, excepción ni selección—, quiere el ciclo eterno—las mismas cosas, la misma lógica e ilógica del encadenamiento—. El estado superior que un filósofo puede alcanzar es ser dionisiaco en relación con la existencia. Mi fórmula para ello es *amor fati*...

A tal efecto hay que comprender los hasta hoy negados aspectos de la existencia no tan sólo como *necesarios*, sino como deseables; y no tan sólo como deseables en relación con los aspectos hasta hoy aprobados (algo así como su complemento o condiciones), sino quererlos por ellos mismos, como los aspectos más poderosos, más fecundos y *más verdaderos* de la existencia, y en los cuales se expresa más cla-

ramente su voluntad. Hay que comprender de dónde proviene esta valoración y cuán poco obligatoria es para una evaluación dionisiaca de la existencia [...].

16[32]

• *La necesidad de falsos valores*

Se puede refutar un juicio demostrando su relatividad: con ello no se suprime su necesidad. Los *falsos valores* no se extirpan mediante razones: tan poco como una contrahecha óptica en el ojo de un enfermo. Se tiene que comprender su necesidad *de existir*: son un *efecto* de causas que no tienen nada que ver con razones.

16[83]

• No se debe confundir el cristianismo con esa única raíz que evoca con su nombre: las *otras* raíces de las que ha nacido han sido mucho más poderosas, más importantes que su núcleo; es por un abuso sin igual que espantosas monstruosidades y deformaciones llamadas «iglesia cristiana», «fe cristiana», «vida cristiana», se hayan amparado bajo aquel santo nombre. ¿Qué negó Cristo?: todo lo que hoy es llamado cristiano.

16[87]

• [...]*

2

¡El arte y nada como el arte! Es el gran posibilitador de la vida, el gran seductor para la vida, el gran estimulante de la vida.

El arte como la única fuerza superior y contraria a toda voluntad de negación de la vida, como lo anticristiano, antibudista, antinihilista por excelencia.

El arte como la *liberación del que conoce*, del que ve—quiere ver—el carácter terrible y enigmático de la existencia, del que conoce trágicamente.

El arte como la *liberación del que actúa*, del que no tan sólo ve sino que vive—quiere vivir—el carácter terrible y enigmático de la existencia, del hombre trágico y guerrero, del héroe.

El arte como la *liberación del que sufre*, como camino a estados donde el sufrimiento es querido, transfigurado, divinizado, donde el sufrimiento es una forma del gran embeleso.

3

Se ve que en este libro [*El origen de la tragedia*] el pesimismo, digamos más claramente el nihilismo, vale como la verdad. Ahora bien, la verdad no vale como el

* El fragmento inicial es una reelaboración muy similar del texto 11 [415] ya traducido en este volumen. Recomendamos su lectura para enlazarlo con el presente escrito.

supremo criterio de valor, ni mucho menos como el poder supremo. La voluntad de apariencia, de ilusión, de engaño, de devenir y de cambio (de alucinación objetiva) vale aquí como más profunda, más originaria, más metafísica que la voluntad de verdad, de realidad, de ser—esta última es meramente una forma de la voluntad de ilusión. De igual manera, el placer vale como más originario que el dolor: el dolor vale, ante todo, como condicionado, como una manifestación ulterior de la voluntad de placer (de la voluntad de devenir, de crecer, de conformar, es decir *de crear*. ahora bien, en la creación está contenida la destrucción). Se concibe un estado supremo de afirmación de la existencia del cual no puede ser abstraído tampoco el supremo dolor: el estado trágico-dionisiaco.

4

Este libro, así expuesto, es incluso antipesimista: en el sentido de que enseña algo que es más fuerte que el pesimismo, que es «más divino» que la verdad. Por lo que parece, nadie más que el autor de este libro se defendería más seriamente de una radical negación de la vida y de un real *hacer*-no todavía más que de un decir-no a la vida. Sólo él sabe—¡ha vivido la experiencia, quizás no ha vivido ninguna otra cosa!—de que el arte tiene *más valor* que la verdad.

En el prefacio, donde Richard Wagner es invitado como a un diálogo, aparece esta profesión de fe, ese evangelio de artista: «el arte como la auténtica tarea de la vida, el arte como la actividad *metafísica* de aquélla...». 17[3]

• [...] ¡Y cuántos nuevos dioses son aún posibles!... En mí mismo, en quien quiere revivir de nuevo el instinto religioso, es decir, *creador* de dioses, ¡cuán diverso, cuán diferente se me ha revelado cada vez lo divino!... Demasiadas cosas extrañas han pasado ya ante mí, en aquellos instantes sin tiempo que nos caen en la vida como desde la Luna y donde en definitiva no se sabe nada de lo viejo que ya se es ni de lo joven que todavía se será... Yo no quiero dudar de que hay muchos tipos de dioses... [...] 17[4]

• No se trata en absoluto del mejor o del peor de los mundos: no o sí, tal es aquí la cuestión. El instinto nihilista dice no; su más moderada afirmación es que no-ser es mejor que ser, que la voluntad de nada tiene más valor que la voluntad de vida; su más rigurosa afirmación es que, si la nada es la deseabilidad más alta, esta vida—en tanto que su antítesis—está desprovista absolutamente de valor, deviene condenable....

Inspirado en tales valoraciones, un pensador tratará involuntariamente de poner al servicio de la justifi-

cación de una tendencia nihilística a todas las cosas, a las que todavía instintivamente atribuye un valor. Ésta es la gran *falsificación* de Schopenhauer, quien se había profundamente interesado por muchas cosas, pero a quien el espíritu del nihilismo había impedido atribuir lo dicho a la voluntad de vida: y así vemos entonces una serie de intentos sutiles y esforzados para—a causa de su aparente hostilidad a la vida—otorgar honor al arte, la sabiduría, la belleza en la naturaleza, la religión, la moral, el genio, como deseo hacia la nada. 17[7]

• [...] No se ha comprendido lo que, sin embargo, es palpable: que el pesimismo no es un problema, sino un síntoma—que este nombre tendría que ser substituido por el de *nihilismo*—que la cuestión de si el no-ser es mejor que el ser, es ya una enfermedad, un declinar, una idiosincrasia... El movimiento pesimista no es más que la expresión de una decadencia fisiológica. [...] 17[8]

• *Desde la escuela de guerra del alma*

Dedicado a los audaces, a los joviales, a los abstinentes.

[...] Los profundamente heridos tienen la risa olímpica; sólo se tiene lo que se necesita. [...]

Toda *creencia* tiene el instinto de la mentira: se defiende contra toda verdad que amenace su voluntad de ser propietaria de la «verdad» y cierra los ojos, calumnia...

Se tiene una creencia porque «hace feliz». No se tiene por verdadero lo que no nos «hace felices». Un *pu-dendum*. 18[1]

• La enfermedad es un poderoso estimulante. Sólo que, para ella, se tiene que ser bastante sano. 18[11]

• Para: *la voluntad de verdad*

1. Tesis. La manera de pensar más *fácil* triunfa sobre la más difícil, a partir del *dogma: simplex sigillum veri*. Dico: que la *claridad* pueda probar algo respecto a la verdad es un completo infantilismo...

2. Tesis. La doctrina del *ser*, de la cosa, de las unidades claras y fijas es *cien veces más fácil* que la *doctrina del devenir*, de la evolución.

3. Tesis. La lógica fue pensada como *simplificación*: como *medio de expresión*, no como verdad... Más tarde *actuó* como verdad... 18[13]

• [...] El *instinto del rebaño* se formula mediante esta máxima: se es igual, se trata igual; así como yo a ti, así tú a mí. Aquí se cree realmente en una *equivalencia de*

las acciones, la cual simplemente no se presenta en todas las relaciones reales. No se *puede* devolver toda acción: entre auténticos «individuos» *no hay ninguna acción equivalente*, en consecuencia tampoco ningún «desquite»... Si yo hago algo, está muy lejos de mi pensamiento lo que en general sería posiblemente lo mismo para cualquier otro hombre: eso *me* pertenece... No se me puede resarcir, siempre se realizaría conmigo «otra» acción. 22[1]

- I. La salvación del *cristianismo*: el anticristo.
- II. de la *moral*: el inmoralista.
- III. de la «verdad»: el espíritu libre.
- IV. del *nihilismo*:

El nihilismo como la consecuencia *necesaria* del *cristianismo*, de la *moral* y del *concepto de verdad* de la filosofía.

Los *signos* del nihilismo...

Entiendo por «libertad de espíritu» algo muy determinado: sobreponerse cien veces a los filósofos y a otros discípulos de la «verdad» por el rigor consigo mismo, por la sinceridad y el valor, por la incondicional voluntad de decir «no» allí donde el no es peligroso. Considero a los filósofos tradicionales como *libertinos despreciables* bajo la capucha de la hembra «verdad». 22[24]

• *El immoralista*

Por su *procedencia*, la *moral* es la suma de *condiciones de conservación* de un pobre tipo de hombre fallido en parte o completamente. Éste *puede* ser el «gran número», de aquí su *peligro*. [...]

22[25]

Apéndice

VIDA Y OBRA DE FRIEDRICH NIETZSCHE